



NUESTRO CARISMA

Queridos amigos: *Laudetur Iesus Christus.*

Concluimos el anterior artículo recordando que el carisma de los Misioneros Siervos de los Pobres ofrece a todas las personas de buena voluntad la oportunidad de alimentar, en su vida cristiana, el talante misionero que por el bautismo todos hemos recibido.

En efecto, si bien es cierto que hay un grupo de Misioneros Siervos de los Pobres, más precisamente los pertenecientes al "Opus Christi Salvatoris Mundi", llamados a seguir un camino de consagración más profunda con las características de la vida comunitaria y la profesión de los consejos evangélicos, según su condición, y que tienden a ser reconocidos canónicamente como dos Institutos Religiosos (uno para la Rama Masculina, de los Padres y de los Hermanos, y otro para la Rama Femenina, de las Hermanas), también es cierto que el carisma de los Misioneros Siervos de los Pobres quiere ser un camino de santidad para todos los estados de vida, ninguno excluido.

Esto determina que, en la actualidad, los Misioneros Siervos de los Pobres estén constituidos por diferentes realidades misioneras (Sacerdotes y Hermanos consagrados, Religiosas, Matrimonios misioneros, Sacerdotes y Hermanos especialmente dedicados a la Vida Contemplativa, Grupos de apoyo, Oblatos y Oferentes) quienes comparten el mismo carisma y se remontan al mismo fundador.

Como se puede ver, se trata de veras de una gran familia en la que encuentran acogida también muchas categorías de laicos y consagrados que, sin necesariamente ser llamados a dejar su patria, tienen un papel vital en el camino y en el servicio del Instituto Misionero.

Tal amplitud de horizontes misioneros ha sido desde el comienzo una característica clave de los MSP; en efecto, recordando los primeros pasos, nos damos cuenta de que el primer llamado del Padre Giovanni fue dirigido a todos los hombres de buena voluntad, en perfecta sintonía con el llamado del Santo Padre Pablo VI en la encíclica *Populorum Progressio*.

Padre Giovanni, desde el silencio y el sufrimiento de la Cordillera andina del Perú, enviaba cartas, que hemos después bautizado "cartas de fuego", a los jóvenes de todo el mundo, y en general a los laicos enamorados de los pobres, para que asumieran sus responsabilidades cristianas poniendo al servicio de los necesitados los dones y talentos recibidos.

Así se fueron articulando las distintas categorías de laicos Misioneros Siervos de los Pobres que hoy encontramos:

- *Laicos consagrados*: se trata de los pertenecientes a la Fraternidad de los Matrimonios Misioneros Siervos

de los Pobres, formada por parejas de cónyuges que se comprometen, a través de vínculos conformes a su estado, a vivir el carisma y apostolado de los MSP, también en tierra de misión, involucrando en este servicio a sus hijos, sobre todo si son menores de edad.

- *Grupos de Apoyo*: han surgido en diferentes países y están conformados por personas de diferentes edades y situaciones sociales que, reuniéndose periódicamente para encuentros de oración (dirigidos por un encargado del Instituto, en caso de ausencia de un sacerdote), trabajan para la conversión de todos y cada uno de sus miembros gracias a la organización de iniciativas misioneras finalizadas a la difusión del carisma. Ordinariamente estos Grupos de Apoyo se integran en la vida parroquial, de la que quieren ser un instrumento enriquecedor, contagiando la vida de la comunidad con el espíritu de servicio.
- *Oblatos*: son laicos o religiosos que quieren hacer un compromiso de oración y de divulgación del Instituto de los MSP. La oblación conlleva un lazo de unión más fuerte con el Instituto, exigiendo una adecuación de vida y costumbres con las finalidades del mismo. Por ello exige un camino de preparación y discernimiento y se oficializa con un ritual de compromiso, normalmente presidido por uno de los sacerdotes MSP, que determina la admisión. Esta admisión oficial conlleva no simplemente un título externo, sino la seguridad de poder usufructuar, en la vida presente y en la futura, de todos los beneficios espirituales reservados a los miembros de los Misioneros Siervos de los Pobres; y, de manera especial, una vez dejado este mundo, de poder aprovechar del sufragio de las santas Misas que se celebrarán diariamente en el Instituto.
- *Oferentes*: son las personas que colaboran con sus oraciones y sufrimientos, pero sin un compromiso vinculante con el Instituto de los MSP. Es impresionante y emocionante descubrir cada vez más personas que, en el silencio de su lecho de sufrimiento o en sus distintos altares de sacrificios, ofrecen cuanto viven para la santificación de los Misioneros y la evangelización de los pueblos. Dios, que lee en los corazones, las compensará como solo Él sabe y puede hacer.

Esta rica configuración ha sido un auténtico regalo del Espíritu Santo, que ha sorprendido y entusiasmado al mismo Padre Giovanni y que nosotros, llamados a asumir también esta herencia, queremos proteger y alimentar.



Reflexión Bíblica

“No temas... serás pescador de hombres”

P. Sebastián Dumont, msp (belga)

La pesca milagrosa, sobre la cual meditamos en los últimos dos artículos (Lc 5, 1-7), constituye, en San Lucas, el fundamento para la llamada de San Pedro y la nueva misión que Jesús le confía.

Escucha: “Al ver esto, Simón Pedro se echó a los pies de Jesús diciendo: «Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador». Y es que el estupor se había apoderado de él y de todos los que estaban con él, por la redada de peces que habían recogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Y Jesús dijo a Simón: «No temas; desde ahora serás pescador de hombres». Entonces sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron” (Lc 5, 8-11).

Medita: “El estupor se había apoderado de él y de todos los que estaban con él”. Cristo acaba de manifestar su divinidad en este evidente milagro; pero, sobre todo, acaba de obrar esta maravilla por medio de San Pedro, con su colaboración y la de sus compañeros. Esto es lo que hace entrar a San Pedro -se podría decir- “en crisis”. Ve la luz clara y límpida, la manifestación de la santidad y divinidad de Jesús, pero al mismo tiempo su propia oscuridad y suciedad, su condición de hombre pecador, y se llena de estupor, de asombro, junto con los le ayudaban..., tal vez precisamente ante la colaboración que siente que el Señor le va a pedir...

Su reacción es inmediata: “Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador”. El verbo griego (*éxelthe áp’ êmoū*) expresa que San Pedro le está pidiendo a Jesús alejarse de él, e incluso “salir” de la barca donde se encontraban (ver Lc 5, 3). Inmediatamente, incluso antes de llegar a tierra (¡!), Pedro quiere distanciarse de Jesús y de su obra... No solo se ha llenado de estupor, sino que parece tener un auténtico “miedo” humano, un pánico... Sin embargo, junto con esta reacción casi “violenta” hacia Jesús, nos conmueve su sentida profesión de fe: se echa a sus pies y le confiesa “Señor” (Kyrie).

Jesús se fija en este hombre arrodillado a sus pies y ve en lo más hondo de él, más allá de su sentimiento de indignidad, su profundo deseo y pedido de que lo tome con Él para siempre. Ve el corazón de San Pedro y le dice: “no temas”. Estas palabras en singular aparecen 5 veces en San Lucas, cada vez en circunstancias en las que Dios viene al hombre con su plan salvador y le llama a creer en Él para recibir esa salvación. Se le dice

a Zacarías, al anunciarle que tendrá un hijo (Lc 1, 13); a la Virgen María, en el momento de la anunciación (Lc 1, 30); a Jairo, que tenía su única hija muerta (Lc 8, 50); y al pueblo, invitándole a confiar en la providencia divina (Lc 12, 32). Jesús, en nuestro episodio con San Pedro, va a la raíz del mal: ve que, en el fondo, este “miedo” humano que le paraliza y aísla proviene de su poca fe. “No temas” es la palabra bondadosa -y a la vez poderosa- que le va a sanar y liberar, fortaleciéndole en la fe.

“Desde ahora serás pescador de hombres”. Jesús no niega para nada la experiencia de indignidad de San Pedro, pero no acepta su conclusión: no se alejará, ni le abandonará. En vez de distanciarse de él, Jesús le muestra la gran confianza que tiene puesta en él, humilde pequeño pescador galileo: habrá de ser Apóstol y colaborar estrechamente en Su obra salvadora. Con una imagen que San Pedro entiende muy bien, le describe el nuevo sentido de su vida: ser pescador de hombres. El contexto nos hace comprender el sentido: en adelante, “cogerá” en la red del Reino de Dios a hombres que, al hacerse seguidores de Jesús, serán salvados de la muerte y preservados para la vida, una muchedumbre de cristianos que hasta hoy día nos causa admiración. Y es que, detrás del pequeño discípulo, está el gran Señor obrando eficazmente... Como dice el texto paralelo en San Mateo y en San Marcos: “Os haré pescadores de hombres” (Mt 4, 19; Mc 1, 17).

“Dejándolo todo, lo siguieron...”: En vez de alejar a Jesús y quedarse en la barca, al final San Pedro deja la barca y todo lo demás, y sigue a Jesús... Cristo comenzó pidiéndole prestada una barca, y se quedó con su vida. ¡Qué preciosa conversión! Pedro y sus compañeros no se lo pensaron mucho... Ordinariamente las firmes decisiones, que transforman una vida, las vocaciones auténticas, no son fruto de muchos cálculos, sino de un personal encuentro con la bondad de Dios.

Ora: Señor, líbrame de mis muchos miedos humanos, especialmente en mi vocación, y aumenta mi fe, para seguirte y colaborar, en la medida que quieras, en TU obra. “No temas”, “confía en Él, y Él actuará” (Sal 37, 5).

Vive: “Es la confianza -y solo la confianza- la que me llevará al amor”, dice Santa Teresita del Niño Jesús. “No temas” es la bondadosa invitación de Jesús, también en tu misión, a superar los miedos, del tipo que sean, confiando en su divino poder y en su misericordia. ¡No hay motivos para no ser misionero!

Reflexión Patrística

San Ireneo de Lyon (III)



P. Walter Corsini, msp (italiano)

Queridos amigos: *Laudetur Iesus Christus.*

Dedicamos otro número de la rúbrica patrística a la resumida presentación del pensamiento de San Ireneo de Lyon. Nos hemos ya detenido en ilustrar sus reflexiones trinitarias, cristológicas y eucarísticas. Concluimos ahora presentando su Mariología, su Eclesiología y su concepto de “Tradición”.

Mariología: En el marco de San Pablo, Ireneo desarrolla el paralelo entre Eva y María, subrayando cómo la obra de la redención siga exactamente las etapas de la caída del hombre: por ejemplo, la imagen de la mujer del Génesis que pisa a la serpiente es la presentación profética del insustituible papel de la Virgen María en la historia de la salvación: “...y si la primera Eva desobedeció a Dios, la segunda -al contrario- consintió en obedecer a Dios, para que la Virgen María pudiera llegar a ser la abogada de la virgen Eva. Y así como el género humano fue hecho esclavo de la muerte por causa de una virgen, así ha sido librado por una Virgen, habiendo sido la desobediencia de una virgen compensada por la obediencia de una Virgen (Adv. Haer. 5,19,1)”.

Eclesiología: San Ireneo, gran defensor de la unidad y catolicidad de la Iglesia, señala que Cristo es la Cabeza de toda la Iglesia, para perpetuar su obra de renovación hasta el fin del mundo. Afirma que la enseñanza de los Apóstoles continúa viva sin alteraciones y que esta tradición es la fuente de la norma de fe que profesamos. Solo las Iglesias fundadas por los Apóstoles sirven como fundamento para la enseñanza acreditada y dan testimonio de la verdad. Ireneo recoge y ordena las principales ideas eclesiológicas del segundo siglo: la Iglesia es el nuevo Israel, el único grande y glorioso cuerpo de Cristo, el único canal para alcanzar la comunión con Cristo. La Iglesia -continúa San Ireneo- es la única depositaria de la verdad, porque ella sola posee los escritos apostólicos. Es esta única fe heredada por los Apóstoles que hace “una” a la Iglesia esparcida en el mundo entero, y su enseñanza es en cualquier lugar idéntica y coherente, porque basada sobre el canon de la verdad. Al aceptar esta fe transmitida públicamente por los Apóstoles a sus sucesores, los cristianos deben observar lo que dicen los obispos; deben considerar especialmente la enseñanza de la Iglesia de Roma que, por su preeminencia y antigüedad, tiene la mayor apostolicidad, fundándose sobre las columnas del Colegio apostólico, San Pedro y San Pablo.

Tradición: San Ireneo debe hacer frente a muchas teorías (de naturaleza gnóstica) que desvirtúan el valor de la Tradición recibida públicamente de manos de los Apóstoles, oponiéndoles una supuesta tradición secreta

recibida por directa revelación de Cristo (o de los mismos Apóstoles). Por eso se dedica a explicar el concepto genuino de Tradición apostólica, que podemos resumir en tres puntos, hoy más que nunca válidos:

- a) La Tradición apostólica es “**pública**”, no privada o secreta. Quien quiera conocer la verdadera doctrina, basta que conozca y profundice “la Tradición que procede de los Apóstoles y la fe anunciada a los hombres”: Tradición y fe que “nos han llegado a través de la sucesión de los obispos” (*Contra las herejías III, 3, 3-4*). De este modo: sucesión de los obispos — principio personal— y Tradición apostólica —principio doctrinal— coinciden.
- b) La Tradición apostólica es “**única**” y consecuentemente crea unidad, a pesar de las diferentes lenguas y culturas.

Dice San Ireneo: “*Habiendo recibido esta predicación y esta fe [de los Apóstoles], la Iglesia, aunque esparcida por el mundo entero, las conserva con esmero, como habitando en una sola mansión, y cree de manera idéntica, como no teniendo más que una sola alma y un solo corazón; y las predica, las enseña y las transmite con voz unánime, como si no poseyera más que una sola boca. Porque, aunque las lenguas del mundo difieren entre sí, el contenido de la Tradición es único e idéntico. Y ni las Iglesias establecidas en Alemania, ni las que están en España, ni las que están entre los celtas, ni las de Oriente, es decir, de Egipto y Libia, ni las que están fundadas en el centro del mundo, tienen otra fe u otra tradición*” (*Contra las herejías I, 10, 1-2*).

Tan tempranamente como es en el año 200, se percibe ya la importancia de subrayar la universalidad de la Iglesia, su catolicidad y la fuerza unificadora de la verdad, que une realidades tan diferentes en la verdad común que nos reveló Cristo.

- c) La Tradición apostólica es **espiritual**, es decir, guiada y vivificada por el Espíritu Santo. No se trata de una transmisión confiada a la capacidad de hombres más o menos instruidos, sino al Espíritu de Dios, que garantiza la fidelidad de la transmisión de la fe. Ésta es la “vida” de la Iglesia; es lo que la mantiene siempre joven, es decir, fecunda con muchos carismas.

Que Dios nos conceda la docilidad y la obediencia eclesial para entender y vivir cada vez más y mejor este concepto de Tradición, puesto que ésta es una realidad viva en la cual nosotros estamos. Es la misma Tradición de la cual habla San Ireneo, enriquecida por los 18 siglos de historia transcurridos después de él.



Reflexión Eclesiológica

El Bautismo y la misión

P. Giuseppe Cardamone, msp (italiano)

Los artículos anteriores nos han ayudado a sondear la interioridad del sacramento del Bautismo y su virtualidad manifestada en la celebración eucarística.

Ahora observaremos cómo la misión es una consecuencia del Bautismo.

El haber descubierto la interioridad del Sacramento, como esencialmente conectada con la obediencia de Cristo, nos ayuda a establecer la relación entre el espíritu misionero y la obediencia. Entrar en el Corazón de Cristo a través de la Eucaristía significa descubrir que todo está orientado a cumplir la voluntad del Padre. La orientación del Corazón de Cristo atrae el corazón del bautizado hacia el mismo dinamismo: el de ser totalmente entregado a cumplir la voluntad del Padre.

De esta eterna entrega de sí mismo al Padre nace el sacrificio de Cristo en la Cruz. De esta entrega de nosotros mismos al Padre, en Cristo, tiene origen el espíritu misionero.

Efectivamente, el decreto *Ad Gentes* del Concilio Ecuménico Vaticano II ve el origen de la misión de la Iglesia en el amor de Dios. Acerca de la actividad misional dice que los miembros de la Iglesia “son impulsados por la caridad con que aman a Dios, y con la que desean comunicar con todos los hombres en los bienes espirituales propios, tanto de la vida presente como de la venidera” (nº 7).

El Bautismo, en cuanto “entrada en la obediencia de Cristo”, es a su vez puerta de ingreso en el seno de la Santísima Trinidad. Nos permite vivir del amor de Dios, ser amados con el mismo amor con el que el Padre ama al Hijo, y amar al Padre con el mismo amor con el que el Hijo ama al Padre. Cuando somos embargados por el amor divino, entonces sí nace el espíritu misionero, que es un espíritu de caridad: “Quien tiene espíritu misionero siente el ardor de Cristo por las almas y ama a la Iglesia, como Cristo. (...). El misionero es el hombre de la caridad: para poder anunciar a todo hombre que



Niños enfermos del “Hogar Sta. Teresa de Jesús” Cuzco (Perú) a cargo de las Hermanas Misioneras Siervas de los Pobres.



Apostolado de los Sacerdotes Misioneros Siervos de los Pobres, en los pueblos Andinos de Cuzco (Perú).

es amado por Dios y que él mismo puede amar, debe dar testimonio de caridad para con todos, gastando la vida por el prójimo” (Juan PABLO II. *Redemptoris Missio*, n° 89). La Iglesia, a su vez, es “enviada por Cristo para manifestar y comunicar la caridad de Dios a todos los hombres y pueblos” (*Ad Gentes*, n° 10). No es una casualidad que el Concilio Vaticano II diga que la caridad “es el alma de todo apostolado” (*Lumen Gentium*, n° 33).

La misión no es solo obediencia externa al mandato misionero del Señor (“*Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir todo lo que yo les he mandado...*” – Mt 28, 19ss); es más bien una exigencia del corazón renovado por la caridad divina: la exigencia de comunicar lo que hemos visto y oído (cf. 1Jn 1ss; Hch 4, 21) con los ojos y los oídos de la fe: “obediente al mandato de Cristo y movida por la caridad del Espíritu Santo, [la Iglesia] se hace plena y actualmente presente a todos los hombres y pueblos para conducirlos a la fe, a la libertad y a la paz de Cristo” (*Ad Gentes*, n° 5). De esta manera, para un corazón transformado, deseoso de dar gloria a Dios, la misión se vuelve necesidad, obediencia gozosa. Puerta de ingreso a la caridad divina es la obediencia, porque Dios dona el Espíritu Santo a aquellos que le obedecen (cfr. Hch 5, 32).

De nada sirven las proclamas externas o las “llamadas a la Misión” de tipo voluntarioso de las cuales nuestras comunidades están repletas. Nos llenamos la boca de la palabra “Misión”, pero hemos hecho de ella un simple saludo a la bandera. La palabra “Misión” está totalmente devaluada. Así, como acertadamente afirmaba Joseph RATZINGER ya en la década de 1960, “*hemos hecho de la misión la gran omisión*”.

Habría que guardar más silencio, habría que orientar a nuestras comunidades hacia una experiencia más profunda del misterio de Cristo manifestado en la liturgia, porque es allí donde nace la Iglesia, es allí donde inicia la misión, en la contemplación. “*Contemplata aliis tradere*” (llevar a los demás lo que se ha contemplado) es el lema de la Orden de Predicadores (Dominicos), válido para todo cristiano.

La misión de la Iglesia, en efecto, hoy más que nunca necesita tener credibilidad, porque “el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan —decíamos recientemente a un grupo de seglares—, o, si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio” (PABLO VI. *Evangelii Nuntiandi*, n° 41).

La identidad cristiana recibida en el Bautismo y vivificada en la celebración eucarística, se realiza plenamente en la acción misionera: éste es el motivo por el cual la celebración eucarística, celebración de la identidad cristiana, culmina con un “*ite, Missa est*”, un verdadero y auténtico mandato misionero, cuya traducción en las diferentes lenguas vernáculas no ha sido siempre acertada. “Al término de cada santa Misa, cuando el celebrante despidе la asamblea con las palabras «Ite, Missa est», todos deben sentirse enviados como «misioneros de la Eucaristía» a difundir en todos los ambientes el gran don recibido. De hecho, quien encuentra a Cristo en la Eucaristía no puede no proclamar con la vida el amor misericordioso del Redentor” (San Juan Pablo II. Mensaje para la Jornada Misionera Mundial, 2004, n° 2). Habría que pronunciar menos la palabra “Misión” y, revestidos de la humildad de Cristo, pedir a Dios un corazón misionero.



Reflexión Moral

La fe, la esperanza y la caridad: savia de la vida cristiana

P. Agustín Delouvroy, msp (belga)

Introducción: *Tenemos que acercarnos con “temor y temblor” (Fil 2, 12) y con espíritu de adoración a lo que llamamos “fe, esperanza y caridad”, las tres virtudes teologales. Son la clave de la vida cristiana. Sin ellas hasta los mejores intentos humanos de vivir la vida se quedan en nada y la moral cristiana no subsiste o, a lo sumo, pueden sobrevivir unas reliquias suyas.*

1º En muchos casos **hemos reducido la fe, la esperanza y la caridad a poca cosa**. Estas no gozan hoy en día de un gran aprecio. Frecuentemente reducimos, por ejemplo, la fe a un simple sentimiento, una creencia aleatoria, algo meramente privado ... Pero en la Palabra de Dios la fe es algo tan importante que de ella depende la Salvación: “El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea será condenado.” (Mc 16, 16) ¿Será, por lo tanto, algo tan insustancial como a veces solemos pretender? Asimismo reducimos también, por ejemplo, no pocas veces la esperanza cristiana a una mera autosuperación psicológica en medio de las adversidades de la vida. Es una locura tratar así unas virtudes que son primordialmente un don sobrenatural de Dios. Es necesario volver a descubrir con asombro lo que son la fe, la esperanza y la caridad.

2º Las tres virtudes teologales son difíciles de definir y dieron mucho que discutir en la historia de la Iglesia. Esto se debe probablemente, en parte, a una falta de humildad ante una realidad tan grande, pero también son difíciles de definir porque son mucho más que un simple acto humano del creyente. Más aún, son ante todo una iniciativa divina inalcanzable al querer y entender de los hombres, son una verdadera irrupción de lo divino en medio del mundo y del pecado. Las realidades humanas son difíciles de definir porque son siempre más de lo que podemos entender de ellas y porque no encuentran su fundamento último en sí mismas. Pero al mismo tiempo se trata de realidades finitas y perceptibles para nuestros sentidos. Las realidades divinas son infinitas e invisibles.

3º La virtud sobrenatural es obra inmediata de Dios; el hombre con sus buenas obras coopera al desarrollo de las virtudes infusas, como causa dispositiva y meritoria pero no puede hacer nada para adquirirlas o acrecentarlas. Por la fe ya no somos simplemente imágenes de Dios sino que participamos de la misma naturaleza divina y somos capaces de obrar por encima de nuestra naturaleza. **La fe, la esperanza y la caridad “son infundidas**

por Dios en el alma de los fieles para hacerlos capaces de obrar como hijos suyos y merecer la vida eterna.” (CEC 1813) Esto sólo es posible por la inhabitación de las personas divinas en nosotros (cf Ga 2, 20).

4º El simple enunciado de las tres virtudes teologales debería de hacernos estremecer de gozo y compunción. Necesitamos hacerlo de una manera no meramente intelectual sino también vivencial: **desde la entrega, la oración constante y la vida sacramental.** Una vida no es suficiente para esta tarea. Hay que orar y ponerse de rodillas porque la vida cristiana consiste esencialmente en una participación en la vida intratrinitaria, algo inalcanzable para el hombre.

5º Con la palabra “virtud” entendemos habitualmente el crecimiento de nuestro entendimiento y nuestra voluntad por medio de la perseverancia concreta y cordial en el bien. En el caso de las virtudes sobrenaturales la palabra “virtud” no conlleva inmediatamente este crecimiento personal en el bien. Así, por ejemplo, los niños sin uso de razón que reciben la virtudes teologales en el bautismo juntamente con la gracia santificante. **La virtud teologal nos confiere una capacidad sobrenatural y una cierta inclinación hacia nuestro fin sobrenatural pero no inmediatamente una facilidad y satisfacción en el obrar virtuoso.** Lo propio de las virtudes teologales es que confieren una elevación entitativa de las facultades del alma.

Para la vida: Un plan de vida cristiano necesariamente incluye la apertura a la acción de Dios en nosotros. En el servicio, la oración, en la escucha de la Palabra de Dios, en los sacramentos, hacemos la experiencia de una fuerza que no es nuestra y que llama a la puerta para transformar toda nuestra vida.

Para la oración: “¡Dios mío, yo creo, adoro, espero y te amo! ¡Te pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan, no te aman! Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, yo te adoro profundamente y te ofrezco el Preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de nuestro Señor Jesucristo, presente en todos los Sagrarios del mundo, en reparación de los ultrajes con los que El es ofendido. Por los méritos infinitos del Sagrado Corazón de Jesús y del Inmaculado Corazón de María, te pido la conversión de los pecadores”. (Oraciones reveladas por la Virgen María a los santos pastorcitos de Fátima)

Reflexión Vocacional

Elogio del silencio (III): El silencio de Dios



P. Álvaro de María Gómez, msp (español)

A través del presente artículo no quisiera achacarme méritos que no me corresponden, ni tampoco dar imagen de perezoso. Pero la cuestión es que, hace ya algunos meses, alguien muy querido me envió un relato que me encantó y que me pareció una apropiada parábola sobre el tema que estamos abordando en estos últimos artículos firmados por mí. En este caso no me atrevo a firmarlo porque no soy su autor, sino solo su transmisor. Se trata del aspecto del silencio que considero que a muchos nos cuesta a veces “digerir” convenientemente, y sobre todo con paz y confianza: el Silencio de Dios.

Aquí reproduzco la historia (incluyendo la breve reflexión que en su original aparecía al final), y que cada uno saque sus consecuencias y sobre todo sus buenos propósitos de puesta en práctica. Dios habla también (... ¡sobre todo!) en el silencio (aunque a veces éste nos parezca duro e incluso cruel), y debemos aprender a escucharlo.

Cuenta una antigua leyenda noruega, acerca de un hombre llamado Haakon, encargado de cuidar una ermita en la que había un Crucifijo muy antiguo al que acudía la gente para orar con mucha devoción a Cristo.

Un día el ermitaño Haakon se arrodilló ante el Crucifijo y dijo: “Señor, quiero padecer por ti. Déjame ocupar tu lugar: quiero reemplazarte en la cruz”.

El Señor abrió sus labios y habló. Sus palabras cayeron de lo alto, susurrantes y amonestadoras: “Amado hijo, accedo a tu deseo, pero ha de ser con una condición”.

“¿Cual, Señor?”, preguntó Haakon.

“Es una condición difícil”.

“¡Con tu ayuda, Señor, estoy dispuesto a cumplirla!”, respondió el viejo ermitaño.

“Escucha: suceda lo que suceda y veas lo que veas, has de permanecer siempre en silencio”.

Haakon contestó: “¡Te lo prometo, Señor!”.

Y se efectuó el cambio. Pero nadie lo advirtió. Nadie reconoció al ermitaño, colgado en la cruz. El Señor ocupaba el puesto de Haakon. Y éste por largo tiempo cumplió el compromiso. A nadie dijo nada.

Pero, cierto día, llegó un rico y, al irse después de haber orado, dejó olvidada su billetera. Haakon lo vio y calló. Dos horas después vino un pobre, que vio la billetera y se la quedó. Haakon no dijo nada; tampoco rompió su silencio algo después, cuando un joven

se postró ante él para pedirle su bendición antes de emprender un largo viaje.

En ese momento volvió a entrar el rico en busca de su billetera. Al no encontrarla, pensó que el joven se la había apropiado y se dirigió a él y le dijo acusadoramente: “¡Dame la billetera que me has robado!”. El joven, sorprendido, replicó: “¡No he robado nada!”. “¡No mientas! ¡Devuélvemela enseguida!”. “¡Le repito que no he tomado ninguna billetera!”, afirmó el joven. El rico arremetió furioso contra él. Pero, en ese instante, se escuchó una fuerte voz: “¡Detente!”.

El rico miró hacia arriba y vio que la imagen le hablaba. Haakon, que no pudo permanecer en silencio, desde la cruz gritó, defendió al joven e increpó al rico por la falsa acusación. El rico se quedó anonadado y salió de la ermita. El joven salió también, porque tenía prisa de emprender su viaje.

Cuando la ermita se quedó desierta, Cristo se dirigió a su siervo y le dijo: “¡Baja de la Cruz! No sirves para ocupar mi puesto. No has sabido guardar silencio”. “¡Señor, -dijo Haakon- ¿cómo iba a permitir esa injusticia?”.

Cambiaron de nuevo el puesto. Jesús volvió a ocupar la cruz, mientras el ermitaño tomó su lugar a los pies de ella. El Señor siguió hablando: “Tú no sabías que al rico le convenía perder la bolsa, pues llevaba en ella el precio de la virginidad de una joven mujer. El pobre, por el contrario, tenía extrema necesidad de ese dinero; en cuanto al muchacho que iba a ser golpeado, sus heridas le hubiesen impedido realizar el viaje que para él resultaría fatal. En este momento acaba de hundirse el barco donde él ha perdido la vida. Tú no sabías nada de todo esto. Yo sí. Por eso callo”. Y el Señor nuevamente guardó silencio.

Reflexión:

Muchas veces nos preguntamos: ¿por qué razón Dios no nos contesta? ¿Por qué se queda callado?

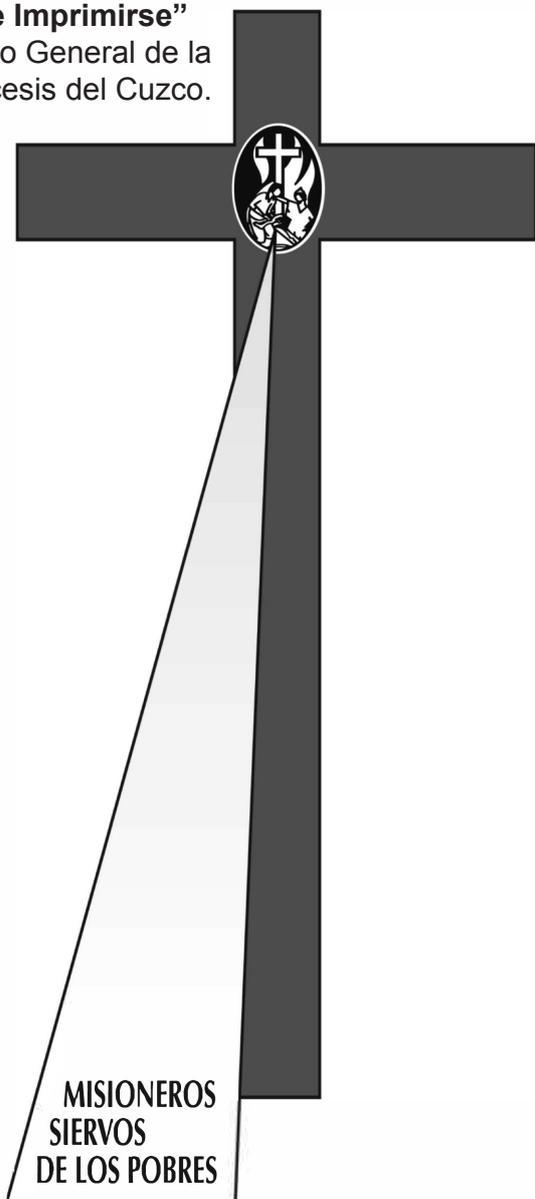
Muchos de nosotros quisiéramos que Él nos respondiera lo que deseamos oír, pero... Dios no es así. Dios nos responde aún con el silencio.

Debemos aprender a escucharlo. Debemos saber interpretar su divino silencio como palabras destinadas a convencernos de que Él sabe lo que está haciendo y de que en su silencio nos dice con amor: “Calla en presencia de Dios y espera paciente a que Él actúe; no te enojas por causa de los que prosperan ni por los que hacen planes malvados”.

Opus Christi Salvatoris Mundi

Misioneros Siervos de los Pobres

Con autorización
Eclesiástica
"Puede Imprimirse"
del Vicario General de la
Arquidiócesis del Cuzco.



MISIONEROS SIERVOS DE LOS POBRES

Es decir, diferentes realidades misioneras (Sacerdotes y hermanos consagrados, religiosas, matrimonios misioneros, Sacerdotes y hermanos especialmente dedicados a la vida de oración y a la contemplación, socios, oblatos, colaboradores, Grupos de apoyo) quienes comparten el mismo carisma y se remontan al mismo fundador.

OPUS CHRISTI SALVATORIS MUNDI

Formado por aquellos miembros de los Misioneros Siervos de los Pobres, llamados a seguir un camino de consagración más profunda con las características de la vida comunitaria y la profesión de los consejos evangélicos según su condición. (Se tiende a ser reconocidos canónicamente como dos Institutos Religiosos:

Uno para la Rama Masculina de los Padres y Hnos. y otro para la Rama femenina de las Hermanas.)

LAICOS ASOCIADOS

Con las dos ramas principales (masculina y femenina) del Opus Christi, está especialmente relacionada la Fraternidad de los Matrimonios Misioneros Siervos de los Pobres, formada por parejas de cónyuges que se comprometen a través de otros vínculos (conformemente a su estado a vivir el carisma y apostolado de los MSP)

GRUPOS DE APOYO DEL MOVIMIENTO

Encaminados a la profundización y difusión de nuestro carisma, trabajando para la conversión de todos y cada uno de los miembros gracias a la organización de encuentros periódicos. A los miembros se les considera SOCIOS.

OBLATOS

Laicos o religiosos que quieren hacer un compromiso de oración y de divulgación del Instituto de los MSP, con un ritual de compromiso.

LOS OFERENTES

Personas que colaboran con sus oraciones, sus dolores, pero sin compromiso vinculante con el Instituto de los MSP.

Los interesados escribir:

ESPAÑA:

CASA DE FORMACIÓN "SANTA MARÍA"

Carretera a Mazarambroz, s/n
45110 Ajofrín - TOLEDO (ESPAÑA)
Tel.: (00-34) 925 39 00 66
e.mail: seminario.msp@gmail.com

PERÚ

Misioneros Siervos de los Pobres

P.O.BOX 907
Cuzco (PERU)
Tels. 0051 956 949 389 - 0051 984 032 491
e.mail: msptm.cuzco@gmail.com

Visite nuestra página web: www.msptm.com



Síguenos en Facebook Misioneros Siervos de los Pobres / Missionary Servants of the Poor



Ahora puedes recibir este Boletín en formato PDF.

Puedes solicitarlo enviando un e-mail a missionaricuzco@gmail.com